

zación militar, y encarnando la idea nacional, no había de tardar, á pesar de todas las contrarias afirmaciones, en atravesar la débil barrera del Mein, quedando de esta suerte desvanecida la concepción quimérica del *dualismo*. Por la noche, el ministro confió á su jefe de gabinete, Sr. de Chaudordy, lo que acababa de suceder y le expuso todos sus temores que rayaban en terror. El Sr. de Chaudordy ha relatado á menudo aquella entrevista que se celebró en el palacio del ministerio de Negocios extranjeros y que se prolongó hasta muy entrada la noche. Yo mismo escuché aquel relato de sus propios labios en los últimos días de su vida. El señor Drouyn de Lhuys no ocultó ninguno de sus esfuerzos fallidos, ninguna de sus tentativas que en adelante sería imposible repetir, y resumiendo en una frase su impresión de desaliento, exclamó: «Ahora lo único que podemos hacer es llorar.»

VI

Prusia, dueña de amoldar la Alemania del Norte á sus ambiciones y libre de todo temor respecto de la Alemania del Sur que, aislada y sin fuerza, tarde ó temprano, estaría á merced suya, podía mostrarse conciliadora con su principal adversaria. Austria, dentro de la Confederación germánica y pretendiendo inspirarla, era una gran enemiga; pero, relegada á orillas del Danubio, dejaba de ser temible. Es más, la verdadera prudencia aconsejaba no eternizar los odios nacidos de la guerra; pues podía surgir una nueva lucha que se desarrollara en la frontera occidental, y convenía por ende preparar con tiempo la neutralidad de aquellos á quienes se acababa de vencer. Mientras esto pensaba Bismarck, los consejeros de Francisco José se inclinaban por su parte á la resignación, en vista de que ya no contaban con nadie, ni con Francia, esa amiga equívoca, ni con los Estados del Sur, esos aliados tardíos, ni siquiera con sus propias fuerzas: ¡tan grande había sido el desengaño producido por la derrota! Los prusianos, que no habían suspendido su marcha, acercábanse á la capital, de modo que si se libraba una nueva batalla, ya no se combatiría por la victoria, sino por la vida; y ante un peligro tan próximo, ante una penuria de recursos tan grande, las miradas se apartaban de la antigua Confederación germánica para concentrarse en las posesiones hereditarias de la casa imperial: con tal que Austria conservase la integridad de su territorio, y Sajonia, en recompensa de su ayuda en la jornada de Sadowa, subsistiera sana y salva, el gobierno de Viena estaba dispuesto á sacrificar la antigua influencia en Alemania del mismo modo que por el lado de Italia se había hecho el sacrificio de las provincias vénetas.

Estas disposiciones recíprocas eran presagio de paz. El cuartel general del rey Guillermo había sido instalado en Nikolsburgo, en un castillo que, por extraña coincidencia, pertenecía al Sr. de Mensdorff, jefe del gabinete austriaco, y allí fué discutido el programa recomendado por Napoleón que se resumía en dos puntos principales: libertad para Prusia de reorganizar la Alemania del Norte, é integridad del imperio de Austria. El señor Benedetti partió para Viena y á su regreso de esa capital consideró el asunto en bastante buen terreno para estipular una tregua que empezaría el 22 de julio.

Por singular desgracia, aquel mismo día se trabó cerca de Blumenau un combate que no cesó hasta el mediodía y que ocasionó grandes pérdidas; pero, por deplorable que fuera aquel sacrificio inútil, las dos partes beligerantes se consolaron gracias al convencimiento de que aquella sangre sería la última que se derramaría.

En efecto; íbase á firmar el armisticio. Sin embargo, antes de que esto sucediera, manifestóse una vez más la codicia prusiana en un episodio que en sus *Memorias* ha revelado Bismarck. Al rey le había costado gran esfuerzo desenvainar la espada contra el Austria, mas una vez comenzada la campaña, habíase convencido de la razón que le asistía y había sentido la embriaguez de la victoria; y en los días que siguieron á Sadowa había acariciado toda clase de engrandecimientos en Bohemia, en la Silesia austriaca, así como á costa de Sajonia y de los Estados del Sur. La reflexión había moderado gradualmente estas ambiciones; pero éstas volvieron á despertarse cuando, en un consejo celebrado en 23 de julio, el primer ministro prusiano propuso la avenencia con Austria sobre las bases determinadas en París y aceptadas en Viena. Los generales se rebelaron unánimemente contra el exceso de concesiones y sus críticas se vieron robustecidas por el asentimiento del monarca, en vista de lo cual Bismarck, considerándose impotente para dominar á tantos contradictores, se retiró y en un *memorandum* dirigido á su soberano indicó los motivos que militaban en favor de la paz. El Austria, decía, es una pieza necesaria en el tablero europeo, y si nos mostramos implacables con ella la arrojaremos en brazos de Francia; de continuar la guerra, el ejército tendrá que llegar hasta las llanuras de Hungría, en donde quedará diezmado por la longitud de las distancias y por los ardores del clima. En estas condiciones, ¡cuán terrible no sería una intervención de Napoleón! Al día siguiente, volvió el ministro á la residencia del rey y al entrar en la antecámara se cruzó con dos coroneles que le describieron aterrados los estragos cada día mayores del cólera: este argumento fué otro más de los que el ministro adujo, sin que ni aun así quisiera el soberano darse por convencido. Una idea perseguía obstinadamente al monarca prusiano, la de la injusticia que significaría el no exigir al Austria ningún sacrificio territorial: «El principal culpable, decía, no puede salir impune de la guerra.—Pero nosotros, replicaba el presidente del consejo, estamos obligados á hacer obra de políticos, no de justicieros.» Bismarck, que seguramente ha dramatizado la escena para atribuirse todo el mérito de la moderación, refiere que regresó á su alojamiento firmemente resuelto á presentar la dimisión de su cargo; pero en aquel momento entró el príncipe real, que siempre había sido hostil á la política belicosa, y le ofreció interponer su mediación cerca de su padre. Al cabo de media hora estaba el príncipe de regreso: «Trabajo ha costado, dijo, pero al fin mi padre ha consentido.» En el margen del *memorandum* que le entregara Bismarck, había escrito el rey estas palabras: «Puesto que mi hijo se une al presidente del consejo, véome obligado, con gran dolor, á tragar la amarga píldora y á aceptar una paz vergonzosa (1).»

(1) Bismarck, *Pensamientos y recuerdos*, tomo II, págs. 52 y siguientes.

¡Amarga píldora! ¡Paz vergonzosa!, extrañas palabras para el documento que los plenipotenciarios prusianos iban á rubricar. Los preliminares firmados en 26 de julio y conocidos en la historia con el nombre de *preliminares de Nikolsburgo*, consagraban, aparte de Venecia, la integridad de la monarquía austriaca; estipulaban la conservación de los actuales límites de Sajonia, y fijaban como contribución de guerra la cantidad de 40 millones de thalers, cantidad bien modesta y que, á consecuencia de ciertas combinaciones, todavía quedó reducida á la mitad. Tales eran las muestras de la moderación del vencedor. En cambio, ¡cómo se indemnizaba Prusia de estas concesiones! El emperador de Austria aceptaba «la disolución de la antigua Confederación germánica;» «daba su consentimiento á una nueva organización de la cual Austria no formaría parte;» «prometía reconocer la unión más estrecha que el rey de Prusia constituiría al Norte de la línea del Mein;» y admitía que «los Estados alemanes situados al Sur de dicha línea formarían entre sí una unión cuyos vínculos nacionales con el Norte se determinarían de común acuerdo.» Y no era esto todo, sino que el gobierno austriaco, renunciando á todos los frutos de la guerra de 1864, traspasaba á Prusia todos sus derechos sobre el Sleswig y el Holstein, contentándose con estipular (y en esto se veía la influencia francesa) que se consultaría á las poblaciones septentrionales del Sleswiga cerca de su suerte. Finalmente, el gabinete de Viena se guardaba de intervenir en favor de sus aliados del Sur. En cuanto á los aliados del Norte, ¿por ventura no los había sacrificado ya Napoleón? De suerte que, excepción hecha de Sajonia, su inmolación estaba implícitamente autorizada: «El emperador de Austria, decía el artículo 5 de los preliminares, se compromete á reconocer los nuevos arreglos que Prusia lleve á cabo en el Norte de Alemania, incluso los territoriales.»

Los desgraciados príncipes de la antigua Confederación habían presentado su abandono. No habían cesado aún las hostilidades en las orillas del Mein, y la infeliz Francfort sucumbía ya á los requerimientos prusianos. Los delegados de los Estados medios acudieron presurosos al campamento de los vencedores, adonde fueron á suplicar: «Duro fué para nosotros, ha dicho uno de ellos, el viaje de Nikolsburgo.» El primero que allí se presentó fué el Sr. de Pfordten, representante de Baviera, á quien Bismarck recibió muy mal, ora porque realmente estuviese irritado, ora porque considerara político manifestar cierta indignación á fin de que luego se apreciase en más su clemencia: «¿Sabéis, le dijo, que podría mandaros arrestar como prisionero de guerra?» Comparecieron después los diputados de Wurtemberg, quienes en cualquier otra ocasión se hubieran tranquilizado con la protección del zar, hermano de su reina; pero ya la influencia de Rusia iba palideciendo á medida que crecía la de Prusia. Los menos asustados fueron los enviados de Baden: su país había entrado en la coalición más por fuerza que por simpatías hacia el Austria, y además el gran duque, que era yerno del rey Guillermo, ocupaba entre los enemigos de Prusia una situación privilegiada. Bismarck hizo extensivo el armisticio á todos estos Estados; en cuanto á los acuerdos definitivos, resolvió tratar con cada uno de ellos separadamente, á cual efecto citó á sus delegados en

Berlín, como pudiera hacerlo un señor que convocara á su vasallo reservándose castigarle ó amnistiarle según las circunstancias. Otros fueron también á Nikolsburgo, más humildes, más abatidos bajo el peso de la derrota, los representantes de los Estados del Norte; pero éstos habían descendido muy por debajo del nivel en que se firman los tratados. El rey de Hannover envió un ayudante al cuartel general, y Guillermo, siguiendo el consejo de su primer ministro, se negó á recibirle: el rey Jorge figuraba en primera línea entre aquellos príncipes que á la desgracia de ser débiles y á la de ser vencidos unían una desgracia mayor, la de tener sus dominios enclavados entre los dos fragmentos del Estado prusiano; y Bismarck había obtenido así de Napoleón como de la misma Austria la carta blanca que había de permitirle la anexión.

Mientras se restablecía la paz en Alemania, pero en una Alemania nueva que nada conservaba de la antigua, Italia se obstinaba en ocupar por conquista la Venecia, ya que le había sido asegurada por cesión, y la ocupación se extendía sin peligro, pues los austriacos se habían concentrado en las plazas fuertes del Cuadrilátero y el resto de la región quedaba abierta por todos lados. «Opino que á Italia le es imposible rechazar el armisticio,» escribía desde París el Sr. Nigra en 20 de julio; é igual recomendación formulaba, con la doble autoridad de su categoría y de su amistad no sospechosa, el príncipe Napoleón, recientemente enviado al cuartel general del rey Víctor Manuel. Pero estos consejos no eran atendidos, sea por temor de herir el amor propio nacional, que era muy susceptible, sea con la esperanza de un triunfo final que reparara los reverses de la campaña.

Pero lo que sucedió no fué un desquite, sino una nueva derrota. El 20 de julio, la escuadra del almirante Persano fué vencida en Lissa por el almirante Teggheoff; y esa jornada fué, según frase que hizo fortuna en la península y corrió por Europa, la *Custozza di mare*. Decididamente Italia, en materia de victorias, había de asirse á las de los demás. El momento era favorable para reiterar los consejos de prudencia, y por esto Napoleón mandó llamar en 22 de julio al caballero Nigra y le comunicó que acababa de firmarse la tregua entre Prusia y Austria, pero que Barral se había negado á asociarse á este acto alegando falta de instrucciones. «Es preciso que el rey, siguió diciendo el emperador, telegrafe á Barral autorizándole para que firme;» y nuevamente explicó el soberano, con notable paciencia, lo que podía hacer en favor del gobierno de Florencia y lo que se veía obligado á rehusar. Declaró que entregando Venecia á los comisionados de Víctor Manuel, hacía, en su concepto, una donación gratuita y que no exigiría á cambio de ello ningún nuevo compromiso acerca de la cuestión romana; y añadió que para dar satisfacción al sentimiento nacional, la cesión sería ratificada por un plebiscito del pueblo véneto. Pero después de haber demostrado de esta suerte su buena voluntad, puso gran empeño en desaprobear cualesquiera otras exigencias y, sobre todo, en desahuciar toda reivindicación del Tirol italiano (1).

(1) Véase *Lettere e documenti del barone Ricasoli*, tomo VIII, página 83.

Aquel lenguaje era el de un amigo, de un amigo que sólo merecía una censura, la de excederse en su lealtad; y sin embargo, Italia, trastornada por el despecho de sus derrotas, perseveraba en su rebelión contra Francia, su protectora, y contra la prudencia misma. La prensa incriminaba con inaudita violencia á los generales, y éstos se acusaban unos á otros. El más atacado fué Persano, el vencido de Lissa, quien al regresar á Ancona después de la derrota, hubo de refugiarse á bordo de uno de sus buques para substraerse á las iras del populacho que le perseguía con gritos de muerte (1). En medio de esta confusión, el príncipe Napoleón habría podido ejercer una influencia saludable; pero por desgracia, como era de carácter levantisco y estaba acostumbrado á no disimular sus impresiones, debilitaba su autoridad con sus desvaríos de lenguaje y empleaba su talento, que era grande, en censurar á todo el mundo, á La Mármora, á Visconti-Venosta, á Cialdini, á Ricasoli, en una palabra, á todos, incluso al mismo rey que, según él, «comprometía la suerte del país por cuestiones de susceptibilidad ó fórmulas de retórica (2)». A todo esto, Prusia se burlaba sin miramientos de las pretensiones de su aliada y preguntaba en qué victorias fundaba ésta sus exigencias, mientras Francia seguía enviando á Florencia prudentes consejos. Al fin Italia, después de violentas veleidades y de ciegas resistencias, consintió, en 30 de julio, en el armisticio; pero luego surgieron nuevas dificultades de manera que el armisticio definitivo no se firmó hasta el 11 de agosto.

La pacificación, que para Italia era motivo de amargo disgusto, provocaba en Prusia una explosión de orgullo triunfante, y Berlín se disponía á recibir á su rey victorioso. Guillermo había salido de Nikolsburgo hacía muchos días, y dirigiéndose hacia sus Estados había sido detenido en Praga, de donde partió el 4 de agosto para regresar á su capital. En medio de la prosperidad inesperada, subsistía un recuerdo penoso, el del conflicto que durante muchos años había existido entre el parlamento y la corona. Bismarck, en aquellas circunstancias, demostró que sabía revestirse de todas las apariencias, incluso de las de la moderación; y al regresar á Berlín en compañía del rey y del príncipe real, insistió en que en el discurso de la corona se hiciera un solemne llamamiento á la concordia y se prometiese pedir un *bill de indemnidad* á los representantes de la nación. El monarca consideraba humillante aquel lenguaje; pero el ministro se mantuvo firme: *In verbis simus faciles*, decía llamando en su auxilio al latín. Guillermo al fin se dejó vencer, y al día siguiente, delante de los diputados reunidos en el *salón blanco*, aludió al último conflicto, pero con desembarazada imparcialidad, como si se hubiese tratado de acontecimientos muy lejanos; y luego con una modestia que su buena suerte le permitía ostentar, anunció que provocaría una votación para excusar las irregularidades pasadas. De este modo se restableció la paz en el interior al mismo tiempo que la paz con el extranjero. Sólo un punto quedaba obscuro, el precio que Napoleón exigiría por sus complacencias; pero muy pronto el ejército traído

(1) Carta del general Della Rocca, de 29 de julio (*Autobiografía de un veterano*, tomo II, pág. 282).

(2) Véase *Autobiografía de un veterano*, tomo II, pág. 278.

de Bohemia se extendería de nuevo á lo largo de la frontera del Rhin, y entonces terminaría la *política dilatoria* y Bismarck podría retirar todas las semipromesas que había dejado en suspenso.

VII

En la vida política como en la vida social hay á veces algo peor que cometer faltas, y es obstinarse en repararlas, porque entonces el mal toma mayor relieve con los torpes esfuerzos que se hacen para excusarlo y lo que en el silencio habría podido olvidarse se graba en trazos que ya no se borran. Desde hacía un año, la política imperial no se había substraído á ninguna aberración, y á buen seguro que si Bismarck hubiese tenido en sus manos el hilo de la misma no la habría dirigido de distinto modo. La consecuencia de esto había sido el triunfo completo de Prusia. En tales condiciones, la única conducta posible era el recogimiento y á la vez el firme propósito de consagrarse á una labor paciente para hacer que Francia recobrara en el mundo el puesto que había perdido. Esta modestia habría sido digna y hasta habría tenido sus ventajas, porque no viéndose Alemania amenazada por ningún lado, habría faltado á Bismarck el pretexto para apoderarse de aquello que aún no había absorbido; pero una conducta tan humilde no cuadraba bien con la marcha del régimen imperial. Puesto que desde el comienzo del reinado había vivido de golpes teatrales, quisose vivir de ellos hasta el fin y se creyó que á los ojos de la opinión todo quedaría perdonado, y que todo quedaría paliado á los ojos del porvenir, si, engrandecida Italia y más grande aún Prusia, podía obtenerse algo del botín.

Esta política se denominó en Francia la política de las *compensaciones*; y un día Bismarck, con todo el desdén que sienten los grandes ambiciosos por los pequeños, la llamó la política de las *propinas*. En ella estuvo el error supremo, el que agravó todos los pasados errores queriendo enmendarlos.

Cuando se medita sobre la situación en que había quedado Francia después de las victorias prusianas, causa verdadero asombro que tal conducta fuese aconsejada: antes de la lucha (dejando aparte toda cuestión de moralidad), ninguna exigencia habría sido temeraria, y al día siguiente de Sadowa todavía habría sido peligroso desahuciarnos; pero desde aquella fecha habían transcurrido tres semanas durante las cuales se había consumado la ruina de los Estados del Sur, se habían destruido las últimas esperanzas del Austria y se había hecho dudar de nuestra propia energía. La petición no sólo era tardía, sino que le faltaba ir acompañada del aparato bélico, único que habría podido apoyarla. En los consejos de Saint-Cloud todo era confuso, todo, hasta la extensión de las reivindicaciones y los lugares en que se ejercitarían: el Sr. Rouher, en su preocupación eterna de la opinión pública y de las disposiciones de las Cámaras, inclinábase á reclamar las antiguas fronteras de 1814; la emperatriz, comprendiendo que la peor política era la política de ambigüedad, creía que había de pedir mucho ó no pedir absolutamente nada; y el príncipe Napoleón, antes de partir para Italia, había manifestado al Sr. de Goltz el de-

seo de que Prusia hiciese más llevadera á Francia la resignación mediante un modesto sacrificio territorial. Por encima de todos ellos estaba el emperador, pero éste se sentía cada vez más enfermo y abatido, más incapaz de concretar su voluntad y de imponerla, y se disponía á ir á Vichy en busca de un tratamiento que el exceso de sus sufrimientos no había de permitirle terminar.

En Nikolsburgo se formularon las primeras peticiones. ¡Cosa extraña! Cuando Prusia estaba á merced de nosotros, todas sus insinuaciones habían sido menospreciadas, y ahora quería Francia recogerlas cuando la victoria la había elevado á tanta altura. El 23 de julio, el Sr. Drouyn de Lhuys, en un despacho dirigido al Sr. Benedetti, indicaba «la equidad y la conveniencia de otorgar al imperio francés algunas compensaciones propias para aumentar en cierta medida su fuerza defensiva.» Este mensaje fué comunicado á Bismarck; mas como los preliminares, aunque casi concertados, no estaban firmados todavía y la prudencia aconsejaba, por consiguiente, soportar á aquellos á quienes aún no se había dejado de temer del todo, la contestación fué vaga, como lo era la misma demanda, pero no desalentadora, y se aplazó la solución para cuando el rey estuviera en Berlín.

Mientras Guillermo salía de Nikolsburgo para dirigirse á Praga y volver luego triunfalmente á su país, formábase al extremo del parque de Saint-Cloud el tren imperial que se llevaba á Vichy al emperador enfermo. Allí se reunió con él el Sr. Drouyn de Lhuys, que durante las últimas semanas había sufrido crueles decepciones y se había asombrado, sobre todo, de las concesiones extraordinarias consentidas por Napoleón al Sr. de Goltz. Sin embargo, repuesto de su primer abatimiento, habiase dicho que después de todo nada se había estipulado por escrito, que la confirmación positiva de tan larga tolerancia bien valdría alguna recompensa y que Prusia incurriría en el colmo de la ingratitud si, arreglando á su antojo toda la Alemania del Norte, no permitiera algunas rectificaciones de fronteras en favor de Francia. Convencido de esto, habiase apropiado la doctrina de las *compensaciones*, de donde resultaba que el que hasta entonces había sido consejero prudentísimo se convertía al fin en consejero imprudente y hasta funesto, sólo por el deseo de reparar lo que no tenía reparación posible. Dominado por tan inoportunos pensamientos, partió para Vichy, y allí, al lado de su soberano, se ingenió para concretar las peticiones que el despacho enviado á Nikolsburgo había dejado solamente entrever. Los que en aquella época vieron al emperador afirmar que el monarca se hallaba entonces demasiado debilitado por las crisis de su dolencia para prestar atención seguida á los asuntos, ni siquiera á los más graves; es, pues, muy verosímil que el monarca, como él mismo lo declaró más adelante (1), se abstuviera de discutir los planes de su ministro. Sin embargo, el Sr. Drouyn de Lhuys ha afirmado, por su parte, que las instrucciones remitidas á Berlín «fueron revisadas, corregidas y aprobadas por Su Majestad (2).» ¿Cuáles eran esas instrucciones? Lo

(1) Carta del emperador Napoleón al Sr. de La Valette, de 12 de agosto de 1866.

(2) Carta del Sr. Drouyn de Lhuys al emperador Napoleón, de 12 de octubre de 1867.

que es esta vez se formulaban en términos muy claros y categóricos: en efecto, así como el telegrama de Nikolsburgo se limitaba á proclamar, en tesis general, la oportunidad de una indemnización á Francia, el despacho de Vichy contenía todo un proyecto de tratado secreto: el imperio francés pedía á Prusia engrandecida la cesión de la orilla izquierda del Rhin hasta Maguncia inclusive.

El mensaje llegó á Berlín en los primeros días de agosto, es decir, en los momentos en que la ciudad se engalanaba para recibir á su rey triunfante. ¿Cuál sería el efecto que semejante petición produciría en un gobierno altivo hasta la provocación y embriagado todavía por sus victorias? El Sr. Benedetti turbóse al recibir aquella comunicación: como el Sr. Drouyn de Lhuys, consideraba que los recientes engrandecimientos de Prusia hacían oportuna para el poder francés y acaso necesaria para el prestigio de la dinastía napoleónica una rectificación de fronteras; pero, por otra parte, en muchos despachos enviados antes de la guerra había descrito en términos muy vigorosos las resistencias que promovería de un extremo á otro de Alemania cualquier abandono de territorio germánico. ¿Acaso no le había dicho Bismarck que preferiría desaparecer del escenario político antes que consentir en la cesión de Maguncia (3)? Y si así se había expresado antes de la lucha, ¿qué podía esperarse de él después de la victoria? Después de algunas vacilaciones, el embajador, temiendo un escándalo lamentable y deseando prevenir las consecuencias del mismo, consideró hábil, antes de celebrar una entrevista, enviar una copia del proyecto redactado acompañada de una carta. Las costumbres de la diplomacia francesa, cortés como pocas, parecían autorizar esta conducta confiada; por otra parte, no podía sospecharse entonces que la corte de Berlín no fuese una corte amiga. Sin embargo, en aquellas mismas orillas del Spree había formulado en otro tiempo la siguiente máxima para uso de sus sucesores: «Procurad haceros con algo escrito.» Aquel día el Sr. Benedetti olvidó el precepto, y á este primer olvido siguió muy pronto un segundo, como luego veremos.

El 7 de agosto celebróse la entrevista entre el embajador y el primer ministro. Cinco años después, Bismarck, en un discurso que pronunció en el parlamento alemán, relató aquella conferencia dándole un carácter eminentemente dramático: según él, el embajador de Francia se le presentó en su gabinete llevando en la mano un ultimátum é intimándole la guerra; á lo que él contestó: «Está bien; tendremos guerra.» Todo demuestra, sin embargo, la exageración de este relato, así las declaraciones del Sr. Benedetti, que afirma que la conversación no dejó ni un momento de ser «conveniente y cortés», como el interés de Prusia, á la que convenía tratarnos todavía con miramientos y no exasperarnos, como la propia versión del primer ministro que en unas notas utilizadas más adelante por el historiador alemán Sr. de Sybel (4) describió el incidente en términos más suaves. Después que el Sr. Benedetti

(3) Véase la carta del Sr. Benedetti al Sr. Drouyn de Lhuys, de 4 de junio de 1866 (*Ma mission en Prusse*, pág. 165).

(4) Sybel, *Die Begründung des Deutschen Reiches*, tomo V, página 379.